



Guerra y liberalismo*

Mariela Cuadro**

Resumen:

El artículo aborda las complejas relaciones entre guerra y liberalismo. Propone una definición de guerra liberal, estableciendo un vínculo inescindible entre el modo de gobierno y el modo de hacer la guerra. Postula que, para su despliegue, el gobierno liberal precisa de individuos libres, capaces de autogobernarse, subjetividad que, al no ser natural, debe construirse. De esta manera, el ejercicio del poder de muerte del liberalismo no está confinado únicamente a tareas negativas, sino que cumple una función positiva y productiva: construir subjetividades. Por lo tanto, las prácticas violentas o el ejercicio del derecho de muerte no desaparecen en el gobierno liberal, sino que se transforman. De este modo, las guerras liberales presentan características particulares, distintas a las que caracterizaban a las guerras predominantes durante el sistema westfaliano. Particularidades que se presentan en su objeto, en sus objetivos y en sus mecanismos, en el ámbito de la espacialidad en la que ésta se despliega, y en el de la determinación del enemigo.

Abstract:

The article deals with the complex relations between war and liberalism. It proposes a definition of liberal war through the establishment of an indivisible bond between the way of government and the way of war. It asserts that, to deploy itself, liberal government needs free individuals, capable of self-government. As that particular subjectivity is not natural, it has to be constructed. Thus, the exercise of liberalism's power of death it is not confined solely to negative tasks. It fulfills a positive and productive function: the construction of subjectivities. This means that violent practices or the exercise of the right to death, do not disappear with liberal government. Instead, they transform themselves. In consequence, liberal wars present particular characteristics, different from those that used to characterize wars during the Westphalian system. These particularities appear in their objects, objectives and mechanisms, as well as in their specific spatiality and their enemy determination.

* Fecha de recepción: 14 de septiembre de 2012. Fecha de aprobación: 24 de octubre de 2012.

** Magíster en Relaciones Internacionales (IRI - UNLP). Becaria Conicet (beca post-grado Tipo II). Doctoranda en Relaciones Internacionales (IRI - UNLP). Coordinadora-Investigadora del Departamento de Medio Oriente (IRI - UNLP). Miembro-investigadora del Centro de Reflexión en Política Internacional (IRI - UNLP).

Palabras clave:

guerra – gobierno liberal – población – intervención.

Key words:

war – liberal government – population – intervention.

Introducción

El discurso hegemónico en las RRII sostiene que los atentados del 11-S marcaron una ruptura con el orden internacional que se impuso al finalizar la Guerra Fría (GF). Según éste, la reemergencia de Estados Unidos y la afirmación brutal de la defensa de su soberanía daban nuevamente la razón a la teoría realista en su enfrentamiento con la liberal. La “esencia” de las relaciones internacionales se manifestaba nuevamente: los Estados volvían a resurgir y el espacio liso que se había instaurado durante la década de los 90s del siglo anterior aparecía como un momento efímero, meramente transitorio. Más allá de que en estas aseveraciones el énfasis estaba puesto en la soberanía estadounidense y, de esta manera, se relegaba al olvido la violación de todas las demás soberanías que supuso la Guerra Global contra el Terror (GGT), aquí se sostiene que la respuesta a los atentados del 11-S supuso una continuidad con las políticas liberales de Washington, pues la mencionada guerra debe ser entendida en el marco de un régimen de gobierno liberal de carácter global.

En oposición a cierta concepción del poder que liga a éste más bien con lo represivo, el concepto de liberalismo en Michel Foucault supone un poder positivo cuyo objetivo es “hacer vivir” y que se encuentra en relación directa con la libertad (Foucault, 2000 y Foucault, 2007). Sin embargo, el ejercicio de la violencia no está ausente en la concepción de liberalismo del autor. Tal como plantea en *Defender la sociedad*, el poder soberano de matar se actualiza a través del racismo inscripto en los mecanismos del Estado. De esta manera, soberanía y liberalismo no se contraponen: coexisten. Aún más, el poder soberano puede ser pensado, como lo hace Giorgio Agamben, como movimiento violento necesario para la instauración del gobierno liberal. Dado el actual contexto internacional, en el que la GGT, pero también los asesinatos selectivos, las intervenciones abiertas en Libia y las no tan abiertas en Siria, el posible conflicto con Irán, y la militarización de la región Asia-Pacífico, vuelven a poner a las relaciones de violencia en primer plano, pensar los lazos entre guerra y liberalismo aparece como una tarea fundamental.

Las guerras que aquí definiremos como liberales supondrán la actualización del poder soberano de matar. En efecto, para su logro, el gobierno libe-

ral precisa de individuos libres, capaces de (auto)governarse. Al no ser natural, dicha subjetividad debe construirse. De esta manera, el ejercicio del poder de muerte del liberalismo no está confinado únicamente a tareas negativas, a prevenir la emergencia de cosas no queridas. Por el contrario, éste cumple una función positiva y productiva: construir subjetividades, mejorar la vida de la población. De este modo, las guerras liberales presentan características particulares, distintas a las que caracterizaban a las guerras predominantes durante el sistema westfaliano. Particularidades que se presentan en su objeto, en sus objetivos y en sus mecanismos, en el ámbito de la espacialidad en la que ésta se despliega, y en el de la determinación del enemigo. El lenguaje que las articula tendrá aquí, por lo tanto, un lugar fundamental.

I. Sobre la guerra

Desde las teorías hegemónicas en RRII, la guerra es pensada como un producto de la supuesta estructura anárquica del sistema internacional. Para el realismo, la guerra es la causa y la consecuencia necesarias de un mundo formado por entes autárquicos (Estados), egoístas por naturaleza, que buscan la supervivencia o el acrecentamiento del poder. El neoinstitucionalismo, por su parte, comparte esta opinión, lo que lo lleva a concluir que es necesario establecer un sistema institucional internacional que, despojado de los intereses egoístas de los Estados, regule la guerra. El extremo de esta postura es sostenido por el cosmopolitismo liberal, que propone la instauración de un gobierno mundial que actúe en nombre de la humanidad en su conjunto y elimine la guerra. En todos estos casos, la guerra es entendida como conflicto interestatal.

A pesar de que se ha sostenido que, debido a los cambios que presenta la práctica de la guerra, la teoría de Carl von Clausewitz ya no tiene vigencia, desde aquí se comparte la mirada del militar prusiano, siempre y cuando ésta no sea entendida desde el punto de vista de la mera racionalidad instrumental. Los críticos de la aplicabilidad de la teoría clausewitziana al actual momento histórico resaltan que las condiciones internacionales en las que el filósofo militar pensó la guerra, se han transformado de manera contundente (Williams, 2008). En efecto, Clausewitz escribió su *De la guerra* entre los años 1816 y 1830, una vez terminadas las llamadas guerras napoleónicas y efectuado el Congreso de Viena. En este sentido, lo hizo en el marco de la racionalidad gubernamental de lo que Foucault denominó como razón de Estado (2004), Carl Schmitt describió como el *nomos* del *ius publicum europaeum* (2005) y que en RRII suele llevar el nombre de sistema westfaliano.

En este contexto las guerras eran consideradas un instrumento legítimo de la política y tenían como finalidad mantener el equilibrio de poder entre los Estados europeos. Estas condiciones de la política mundial se transformaron

significativamente, lo cual, a su vez, produjo cambios en la práctica de la guerra. En estas nuevas condiciones mundiales, afirman los autores críticos de la aplicabilidad actual de Clausewitz, el concepto de campo de batalla, tan central en la concepción clausewitziana, se ha disuelto, volviéndose global; y, por otro lado, la finalidad de la guerra ha cambiado, pues ésta ya no apunta a debilitar al enemigo, sino a hacerlo desaparecer (las armas de destrucción masiva, por otra parte, dan cuenta de esta posibilidad) (Williams, 2008).

Es cierto que la racionalidad de gobierno mundial se ha modificado: el liberalismo presenta una racionalidad del todo distinta a la vigente durante la época de la razón de Estado. Sin embargo, el hecho de que guerra y política, entendidas como relación con el orden, se encuentren profundamente ligadas, el núcleo de la tesis de Clausewitz continúa vigente. En este sentido, se coincide con Ángel Tello cuando postula que "(l)a política fija los objetivos y dispone los medios, la política subsume a

La guerra, por lo tanto, será entendida aquí como un acto injurioso que apunta a ejercer violencia sobre el cuerpo del otro construido como enemigo, cuyos efectos no se restringen a la obtención de beneficios materiales (recursos, ventajas económicas, etc.), sino que se extienden a la constitución de subjetividades.

todas las guerras bajo un enfoque teórico adecuado. Es necesario, entonces, estudiar la política que está por detrás, por encima, antes, durante y después de la guerra y no la inversa" (2010: 99), pues guerra y orden político se constituyen mutuamente. Eso explica las transformaciones de la guerra a partir de los cambios en la racionalidad gubernamental mundial, al tiempo que estos últimos fueron y son posibles debido al ejercicio de la violencia. Lo que se denominará como guerras liberales tendrá, por lo tanto, un aspecto constitutivo fundamental, no sólo instaurando gobiernos liberales en zonas no liberales, sino también a través de sus prácticas discursivas, generadoras de efectos tanto en la subjetividad de la población-blanco como en aquélla de la población espectadora.

La guerra, por lo tanto, será entendida aquí como un acto injurioso que apunta a ejercer violencia sobre el cuerpo del otro construido como enemigo, cuyos efectos no se restringen a la obtención de beneficios materiales (recursos, ventajas económicas, etc.), sino que se extienden a la constitución de subjetividades. Es este último punto el que aquí interesa resaltar (sin negarle importancia al aspecto meramente materialista). Por otra parte, dada la proliferación de sujetos con participación en la política mundial, aclaramos que la guerra no se comprenderá aquí únicamente como conflicto interestatal.

Por lo tanto, el concepto de guerra, que cada vez tiene menos lugar en los estudios de las RRII, es conservado. De esta manera, coincidimos con Tarak Barkawi cuando afirma que la eliminación de la guerra en tanto significativa, ya sea por académicos críticos que lo han remplazado por el concepto de

seguridad (y sus derivados: seguridad humana, seguridad económica, seguridad alimentaria, ambiental, etc.) como Barry Buzan, o por los teóricos de la globalización, quienes barnizan sus estudios con un lenguaje pacifista, también funciona restándole importancia a la guerra como práctica violenta constituyente y constituida, como fuerza globalizadora (2004), como noción importante para comprender la dinámica no sólo de las relaciones entre las grandes potencias, sino también entre el Norte y Sur (2011).

Ya que el objetivo de los regímenes liberales está puesto en “hacer vivir”, desde su concepción en los siglos XVII y XVIII buscaron gobernar la vida con la vista puesta en la eliminación de la guerra dentro y entre las sociedades. Desde la crítica de Adam Smith al mercantilismo se esperó que el libre comercio trajera paz. Immanuel Kant, por su parte, buscó establecer una fórmula para una paz perpetua. Una vez finalizada la GF, nuevas voces se sumaron a la supuesta pacificación que traía aparejado el liberalismo: Francis Fukuyama presagió el “fin de la historia” y, por lo tanto, de las guerras, cuando fuera aceptado que la democracia liberal es la mejor forma de gobierno posible. La Teoría de la Paz Democrática (TPD) fue constituida como una ley estadística por científicos políticos estadounidenses que sostienen que las democracias no hacen la guerra entre sí. Una proposición utilizada por los Presidentes Clinton, Bush y Obama para justificar la exportación de la democracia a zonas iliberales.

La prohibición de la guerra como instrumento político planteada por el liberalismo llevó a que sea eliminada tanto del discurso político como del académico, siendo remplazada por concepciones tales como “intervenciones humanitarias”, acompañadas con frecuencia por “cambios de régimen”. Como un modo más de graficar la pérdida de espacio tanto a nivel discursivo como no discursivo del concepto de guerra, pueden traerse a cuento los cambios en la denominación de los ministerios de Guerra por aquélla de ministerios de Defensa con anterioridad y posterioridad a la Segunda Guerra Mundial (fue el caso de, entre otros, Estados Unidos en el año 1947). Asimismo, luego de esta última gran guerra emergió el concepto de “seguridad nacional”, que no sólo incluye la dimensión militar, sino que también fue articulada con diversos fenómenos, “desde la dieta de la clase trabajadora hasta las prácticas de maternidad” (Barkawi, 2011: 2). Según Barkawi, “la disociación de la guerra de la seguridad, asiste a las sociedades liberales y a sus liderazgos en imaginar que la guerra no es, y no ha sido, central para la formación, curso y carácter de los Estados y sociedades occidentales en la política mundial” (2011: 2).

Sin embargo, no sólo la guerra no ha sido eliminada, sino que incluso las capacidades militares de las sociedades liberales se han visto continuamente acrecentadas, al punto de que Estados Unidos, principal potencia liberal, reúne el 41% de los gastos militares del mundo. Es interesante notar que los mismos han aumentado, desde el final de la GF hasta el año 2011, en 149 mil millones

de dólares constantes¹. Esto no es una contradicción, ni la muestra de una supuesta hipocresía de la potencia norteamericana. Desde la perspectiva que aquí se maneja, estos datos forman parte de la tensión que atraviesa y constituye al liberalismo como forma de gobierno montada tanto sobre la soberanía estatal como sobre la libertad de los individuos. Tal como sostiene Foucault, libertad y seguridad son una dupla inseparable del gobierno liberal (2007). Y las relaciones entre sociedades liberales e iliberales siguen estando signadas por la guerra. Ejemplos de los últimos años los constituyen claramente Afganistán, Irak y Libia, pero también pueden mencionarse los casos de Yemen, Pakistán,

Irán, Siria, sólo para nombrar algunos. Estas situaciones son justificadas y legitimadas a través de la necesidad de extender la zona de paz liberal, bajo el supuesto de la TPD a la cual este trabajo referirá más adelante.

Si el objeto del gobierno liberal es la población, entendida no únicamente como conjunto de fenómenos naturales, sino también como humanidad portadora de derechos; si su objetivo es “hacer vivir” a esta población, potenciar su vida, multiplicar y ya no sustraer; si, para tal fin, establece mecanismos de intervención que no actúan directamente sobre los procesos y los hombres sino sobre el marco en los que estos se desarrollan (Foucault, 2000;

II. Transformaciones de la guerra

En el marco de una configuración internacional (europea) que era pensada como competencia entre Estados (Westfalia), la guerra era considerada un instrumento legítimo para mantener y restaurar, en caso necesario, el equilibrio de poder. Por el contrario, en el régimen de gobierno liberal la guerra pierde su rol de instrumento, al punto de que se la prohíbe y se la desaparece del discurso. Como pensador bifronte, concentrado en los dos lados del poder liberal, Schmitt fue uno de los más férreos críticos a este intento de anulación de la guerra, afirmando que con ello se corre el peligro de llevar a cabo guerras absolutas, en nombre de la humanidad, en las que el enemigo es construido como un enemigo absoluto y, por tanto, exterminable (2006). De esta manera, a pesar de la vocación liberal, las guerras no desaparecen, sino que se transforman. Y, en

efecto, desde la conceptualización de Michael Dillon y Julian Reid, modo de gobernar y modo de hacer la guerra se implican mutuamente (2009).

Esta mutua implicación supone pensar al primero como poseyendo una lógica e imperativos específicos como régimen particular de relaciones de

¹ Ambos datos se obtuvieron del Stockholm International Peace Research Institute. Disponibles online: <http://www.sipri.org/databases/milex>.

poder. Esto significa que objeto, objetivos y mecanismos de gobierno, así como la espacialidad que éste constituye y en la que, al mismo tiempo, se despliega, son de fundamental importancia para comprender la forma particular que adopta la guerra. Si el objeto del gobierno liberal es la población, entendida no únicamente como conjunto de fenómenos naturales, sino también como humanidad portadora de derechos; si su objetivo es “hacer vivir” a esta población, potenciar su vida, multiplicar y ya no sustraer; si, para tal fin, establece mecanismos de intervención que no actúan directamente sobre los procesos y los hombres sino sobre el marco en los que estos se desarrollan (Foucault, 2000; Foucault, 2003; Foucault, 2004; Foucault, 2007); también la guerra liberal tendrá como objeto las poblaciones y como objetivo potenciar su vida y también para esto supondrá intervenciones ya no directas (del tipo toma de la tierra y gobierno directo que funcionaban durante la etapa del imperialismo clásico), sino sobre el marco en el que se despliega la vida de las poblaciones-blanco. De allí la existencia en el actual contexto histórico mundial de guerras libradas en nombre de la humanidad y del mejoramiento del mundo, que suelen ser llamadas “intervenciones humanitarias” y que tienden a imponer cambios institucionales tales como la implantación de la democracia (liberal) (“cambio de régimen”) y la apertura de los mercados locales. Los dos “campos de batalla” territorializados de la GGT, Afganistán e Irak, presentaron dichas características. También la intervención en Libia del año 2011 puede ser leída a través de estas categorías, así como las intervenciones solapadas en Siria a partir del mismo año.

Con respecto a la transformación en la espacialidad, el espacio estriado de Westfalia, con sus fronteras bien definidas y su estricta separación entre el adentro (espacio de soberanía) y el afuera, cede lugar a un tipo de espacialidad en el que esas tajantes divisiones se borronean. La defensa de los Derechos Humanos y la concepción del individuo como un sujeto de derecho en el ámbito internacional darán lugar paulatinamente (y, sobre todo, a partir del fin de la GF) a una relativa pérdida de importancia del principio de igualdad soberana. El intento de darle fuerza legal a la “Responsabilidad de Proteger” y la cada vez mayor debilidad del principio de no-intervención, son una evidencia de esto. Desde el plano de la teoría de las RRII, la teoría liberal que establece una relación entre política doméstica y política exterior y la TPD de la misma corriente de pensamiento, sostuvieron el debilitamiento de las soberanías en nombre del mejoramiento de la vida de la población y la paz perpetua.

Foucault, 2003; Foucault, 2004; Foucault, 2007); también la guerra liberal tendrá como objeto las poblaciones y como objetivo potenciar su vida y también para esto supondrá intervenciones ya no directas (del tipo toma de la tierra y gobierno directo que funcionaban durante la etapa del imperialismo clásico), sino sobre el marco en el que se despliega la vida de las poblaciones-blanco.

Por otra parte, los distintos objetos, objetivos y mecanismos de gobierno no sólo implican un cambio en el modo efectivo en el que la guerra es llevada a cabo, sino, asimismo, también en su dimensión discursiva. En efecto, suponen distintas razones (legítimas) por las que se combate y distintos enemigos a los que se combate. Si la guerra está constituida por el orden político en el que se despliega y, al mismo tiempo, es constitutiva de dicho orden, esto no es sólo porque, como sostienen realistas y liberales, las grandes guerras entre potencias redistribuyen el poder, instaurando nuevas dominaciones; sino porque las guerras crean nuevos regímenes de gobierno y una vez que estos ya están instaurados, los mantienen y perfeccionan.

Ha sido frecuentemente afirmado que el compromiso de los regímenes liberales con la promoción de la paz es una ficción ideológica, y que la búsqueda de la promoción de los derechos de la humanidad es un asunto de pura hipocresía. Esta lectura es compartida por gran parte de los analistas de las RRII y se sostiene básicamente en el hecho de que ese tipo de intervenciones no son universales, es decir, que sólo se interviene allí donde existen intereses materiales. Suele citarse entonces el caso de Ruanda, en donde Occidente no intervino para detener un genocidio. Tal lectura está justificada. Sin embargo, en lugar de preguntar por qué no se intervino allí, también podría preguntarse por qué sí se intervino en Somalia o en Namibia o en Camboya. Además no son sólo los Estados los que sostienen dicho discurso, sino, sobre todo, los organismos internacionales, tales como la ONU. Aquí también podría argumentarse que estos están controlados por las potencias occidentales e incluso puede acordarse con esa afirmación. No obstante, esos argumentos no cambian lo que estamos sosteniendo, pues las justificaciones continúan estando ligadas a la democracia y a los DDHH (entendidos de modo reduccionista, como libertades políticas).

Desde aquí se acuerda con Reid, quien afirma que para

“comprender la naturaleza de las relaciones entre los regímenes liberales y la guerra, es insuficiente desechar sus compromisos con la promoción de la paz y el ideal de la humanidad común simplemente como dispositivos retóricos que disfrazan las motivaciones estratégicas ocultas, generalmente conducidas por *ambiciones materiales*”² (2006: 5).

En este último sentido, el discurso que enmarca a las guerras no es en absoluto meramente ideológico o superestructural: el discurso es performativo, es decir, que es material y, por lo tanto, tiene efectos sobre la realidad.

A modo de ejemplo, la TPD, cuya genealogía puede rastrearse hasta *La*

² El subrayado es nuestro, para señalar, de pasada, la concepción materialista que predomina en la disciplina.

paz perpetua de Kant, funciona en la actualidad como un discurso que sostiene muchas de las guerras que llevan a cabo las potencias liberales. Y es importante tomar en cuenta que las fuertes críticas que reciben éstas no se encuentran ligadas a la imposición de la democracia, sino al proceso a través del cual ésta se efectúa. A modo de ejemplo, la crítica a la intervención en Irak fue más de forma que de contenido. Y esto pudo verse tanto en las discusiones entre demócratas y republicanos al interior de Estados Unidos, como en las posiciones políticas de los países europeos (Krauthammer, 2004).

El hecho de pensar que el discurso democratizante oculta algún otro oscuro interés, no sólo concibe al primero como un elemento distinto a la realidad (cuestión que podría rotularse de meramente epistemológica), sino que supone que la instauración de la democracia en todo el globo sería efectivamente lo mejor que pudiera ocurrirle a la Humanidad. De esta manera, ese pensamiento (que también es discurso) ya está capturado por los mecanismos de ejercicio del poder liberal y forma parte del modo de legitimación de las guerras liberales, que trataremos en el siguiente apartado. En síntesis, lo que se está afirmando es que el objetivo explicitado de instalar la democracia liberal en distintas zonas del mundo no es un mero ejercicio retórico que oculta otros intereses: es un modo de gobierno (neo)liberal que busca constituir individuos (auto)governables. De allí, entre otras cosas, el hecho de que la religión, en tanto identidad comunitaria, se presente como resistencia y blanco de esta práctica. En resumen, “(l)os discursos de la guerra son, quizá, tan potentes políticamente como la guerra en sí misma” (Jabri, 2010: 22), pues estos forman subjetividades y dan derecho de palabra a unos en tanto se lo quitan a otros.

Las guerras liberales se llevan a cabo en nombre de la población, y su objetivo es el mejoramiento de la vida de la misma. Dicho mejoramiento se sostiene sobre una escala jerárquica de valores en la que la forma de vida más elevada es la forma practicada por el portador del discurso. El liberalismo tiene una lógica expansiva e integracionista: permite y alienta el ingreso a dicho mundo. Pero para esto exige la transformación de los otros: aquellos que se resistan a ser constituidos de este modo, son declarados enemigos, pero ya no enemigos políticos, sino enemigos de la humanidad. Y ya que en ellas se trata precisamente de esta última, existirá no sólo la posibilidad, sino la necesidad de exterminarlos.

El camino de las guerras westfalianas (guerras limitadas entre Estados mutuamente reconocidos como iguales y legítimos) a las guerras liberales que definiremos seguidamente, tuvo idas y vueltas y aún hoy se pondría en

... el objetivo explicitado de instalar la democracia liberal en distintas zonas del mundo no es un mero ejercicio retórico que oculta otros intereses: es un modo de gobierno (neo)liberal que busca constituir individuos (auto)governables.

evidencia que ambos tipos de guerras conviven, si, por ejemplo, aconteciera un enfrentamiento armado entre China y Estados Unidos. A continuación, se presenta un *racconto* sucinto de esta transformación que recorre algunos hitos que dan cuenta de este pasaje.

El primer momento que puede señalarse como hito de la transformación de la guerra hacia su forma liberal está constituido por ciertos artículos y apartados del Tratado de Versalles de 1919. En su parte VII, en los artículos que van del 227 al 230, se acusa al entonces emperador alemán, Guillermo II de Hohenzollern, de haber cometido actos contrarios “a las leyes y a las costumbres de la guerra”³. Hay aquí un cambio importante: hasta ese momento, la guerra era exclusiva responsabilidad de los Estados y sólo sobre ellos recaían acusaciones de este tipo. El individuo ingresa aquí por primera vez a ser sujeto de derecho internacional. El mismo Tratado formaliza la creación de la Sociedad de Naciones (SDN). A través de ésta, los Estados-miembro se someten, en cuanto a la decisión de hacer la guerra, totalmente a dicha organización. De esta manera, ceden aquello que en la definición weberiana constituye la soberanía: el monopolio de la violencia legítima. La guerra se encuentra prohibida en el Pacto, con la excepción de aquella que pudiera librar la propia SDN contra los Estados que no respeten sus directivas. En pocas palabras, la SDN elimina la guerra como instrumento de política de los Estados. Cinco años más tarde, esto se reafirma: en el Preámbulo del Protocolo de Ginebra (1924) aparece por primera vez como enunciado el hecho de que la guerra de agresión constituye un crimen internacional. Finalmente, en 1928 este ciclo se cierra: el Pacto Kellogg-Briand condena “el recurso a la guerra como instrumento para la solución de controversias internacionales”, y los Estados firmantes renuncian a la guerra como instrumento de política nacional y declaran conocer “su solemne deber de promover el bienestar de la humanidad”.

El estallido de la Segunda Guerra Mundial dio por tierra con la SDN y con el Pacto Kellogg-Briand. No obstante, es importante reparar en los significantes que emergieron y en el tipo de concepción de la guerra que, a partir de entonces, comenzó a instaurarse ya que, efectivamente, una vez terminada ésta, las guerras de agresión, tal como fueron definidas por la Carta de las Naciones Unidas firmada en 1945, fueron prohibidas. En cambio, se aceptaron las guerras defensivas y, paulatinamente, las “intervenciones humanitarias”. Éstas pasaron de ser una alternativa a ser una obligación bajo el documento “Responsabilidad de proteger” que intenta legalizar y dar forma a esta figura.

El proceso histórico reseñado hasta aquí trastoca el significado de la guerra. Tal como observa Schmitt, este trastocamiento sucede junto a la apari-

³ TRATADO DE VERSALLES, parte VII, artículo 228.

ción de nuevos medios de destrucción: la aviación fomenta la guerra de destrucción, pues, a diferencia de las guerras terrestres y marítimas que eran guerras de botín, el lanzamiento de bombas desde el espacio aéreo no tiene más sentido que la destrucción (2005). El desarrollo de las armas atómicas profundiza esta observación.

Estas modificaciones supusieron transformaciones en la dimensión espacial que generaron cambios en el modo de hacer y concebir la guerra. Según Schmitt, el régimen de la razón de Estado logró una acotación de la guerra, una delimitación de la misma en Europa (2005). Esto fue posible, según el jurista alemán, por la diferenciación de los espacios, diferenciación que el liberalismo como régimen de gobierno habría anulado. En efecto, el debilitamiento de los Estados supuso la eliminación de las líneas de diferenciación prevalecientes durante Westfalia. Para Schmitt, la acotación de la guerra en Europa fue posible debido a una ordenación concreta del espacio (*nomos*) que implicaba un equilibrio entre los Estados territoriales del continente europeo en su concierto con el imperio marítimo británico y sobre el fondo de inmensos *espacios libres* (América). De este modo, la guerra era limitada en Europa, pero el continente americano ofrecía un amplio terreno en el que medir las fuerzas, pues allí no existía la juridicidad. En Europa, en cambio, las guerras se daban entre Estados que se consideraban iguales.

Esto traía como consecuencia una humanización de la guerra⁴ y el establecimiento de fronteras claras y distintas entre enemigo y criminal. De allí que con el enemigo se pudieran firmar armisticios que implicaban una finalización formal de la guerra. Todo esto suponía, por una parte, el tratamiento del enemigo de guerra como enemigo político, es decir, como sujeto del cual depende también la identidad política propia, y, por otra, la limitación de las guerras espacial y temporalmente. Asimismo, existía la posibilidad de la neutralidad en las guerras, lo cual, en lo que Schmitt denomina como “guerras discriminatorias”, en las que uno de los dos contendientes es considerado como estando fuera de la ley, es imposible (2005). En la idea de igualdad jurídica de los Estados radica, por lo tanto, la imposibilidad del retorno a la concepción medieval de la guerra justa, pues, si uno de los dos contendientes librara una guerra justa, la del otro sería, por definición, injusta; y eso supondría el establecimiento de una jerarquía moral entre los Estados. Por el contrario, la igualdad de los Estados conduce a que ya no la guerra, sino los enemigos sean considerados justos; y lo son siempre que sean Estados.

La GF bloqueó el despliegue del liberalismo. Sin embargo, según Ikenberry (2011), éste se expandió y consolidó en el bloque occidental. Las guerras durante el conflicto entre la URSS y Estados Unidos se constituyeron

⁴ Debido a sus supuestos antropológicos, Schmitt pensaba que la guerra es un mal que no puede erradicarse.

como guerras westfalianas, como instrumentos para debilitar al oponente, en las que el territorio era de fundamental importancia.

La primera guerra que tuvo lugar luego de la caída-del-muro-de-Berlín fue la llamada Guerra del Golfo. Desde nuestra perspectiva, ésta fue la última guerra westfaliana (hasta el momento), pues fue una guerra llevada a cabo en defensa de la soberanía de un Estado (Kuwait) y en la que no se propuso un cambio de régimen que supusiera la implantación de la democracia liberal (más allá de las razones posibles de esta negativa). El intervencionismo propiamente liberal comenzó después de la guerra. En 1991 y 1992, Estados Unidos y Gran Bretaña establecieron unilateralmente dos zonas de exclusión aérea patrulladas por sus fuerzas con el objetivo de defender a las poblaciones shiítas y kurdas de posibles ataques por parte del gobierno de Saddam Hussein. Por otra parte, debido a la crisis por la que atravesaba Irak, producto del régimen de sanciones impuesto por la ONU, en 1995 el Consejo de Seguridad (CSNU) dio comienzo al programa “Petróleo por alimentos”, cuyo objeto también era la población iraquí.

Por último, el 31 de octubre de 1998, el Congreso estadounidense aprobó el “Acta de Liberación de Irak”. A través de ésta, el gobierno afirmaba “apoyar esfuerzos para remover al régimen” y “promover la emergencia de un gobierno democrático”⁵ en su lugar. Sin embargo, el objetivo de este movimiento era la protección de la seguridad de Estados Unidos⁶. De esta manera, el Acta se montaba por completo sobre la TPD, teoría que supone que un mundo de democracias liberales será un mundo en el que la paz reinará permanentemente.

Como puede notarse, según este documento la instauración de la democracia en el país mesopotámico no tenía como objeto a la población iraquí. Este no fue el caso de la intervención en Somalia en 1992, decretada por medio de la Resolución 794 del CSNU que autorizaba el uso de “todos los medios necesarios” para crear un medio seguro para la provisión de ayuda humanitaria. La operación “Restaurar la esperanza” tenía como objetivo, en palabras del entonces Presidente George H. Bush, “crear el ambiente seguro como condición inescapable para que las Naciones Unidas provean la ayuda humanitaria y promuevan la reconciliación nacional y la reconstrucción económica”.

El predominio de las razones humanitarias por sobre el respeto al principio de la soberanía se pondría del todo de manifiesto con motivo de la inter-

⁵ CONGRESO DE ESTADOS UNIDOS (1998), “Acta de liberación de Irak”. (Online), consultado en abril 2010, <http://fi1.findlaw.com/news.findlaw.com/hdocs/docs/iraq/libact103198.pdf>. La traducción es nuestra.

⁶ En este sentido, este movimiento se asemejó a algunos propios de la GF, por ejemplo, los de instauración de regímenes autoritarios como sucedió en Chile en 1973. La diferencia radica en que, en este caso, el cambio de régimen apuntaba a la instauración de una democracia liberal y, por lo tanto, se encontraba plenamente sostenido sobre teorías liberales de las RRIL.

venición de la OTAN en Kosovo. La organización atlántica se encontraba fuertemente dividida en torno a la necesidad de intervención en la zona balcánica en ebullición. Kofi Annan, entonces Secretario General de las Naciones Unidas, entró al debate y en su mensaje anual a la Asamblea General afirmó que “las fuerzas de la globalización y de la cooperación internacional” habían redefinido la soberanía estatal. Y continuó:

(E)l Estado es ahora entendido como sirviente de su pueblo y no viceversa. Al mismo tiempo, la soberanía individual —y por esto quiero decir los derechos humanos y las libertades fundamentales de todos y cada uno de los individuos, tal como están consagrados en nuestra Carta— ha sido alentada por una renovada conciencia del derecho de cada individuo de controlar su destino (citado en Bellamy, 2008: 426).

Como puede verse, con estas trascendentes palabras Annan ponía de manifiesto el cambio en la configuración de las relaciones de poder a nivel mundial. Más allá de que exista la posibilidad real de la instrumentalización de este discurso con vistas a satisfacer intereses materiales, su sola emergencia da cuenta de una profunda transformación en el modo de gobierno mundial y, por lo tanto, en el modo de hacer la guerra.

Antes de entrar de lleno en la cuestión de la guerra liberal, debe repararse en una cuestión fundamental: la tensión entre soberanía y libertad individual que atraviesa al liberalismo como racionalidad de gobierno. Ésta se presenta con toda claridad en la Carta de las Naciones Unidas. A modo de ejemplo, podemos citar el hecho de que dicho documento otorga primacía a la soberanía estatal, prohibiendo el artículo 2 el uso o la amenaza de la fuerza contra la independencia y la integridad territorial de otros Estados; sin embargo, sí la autoriza “en servicio del interés común” y mediando el CSNU. El “interés común” supone un sujeto universal (el individuo cuyos derechos tiene la finalidad de resguardar) y descarta la existencia de intereses particulares de cada Estado. Como segundo ejemplo, podemos traer a colación la tensión existente entre el punto 7 del Artículo 2 que aclara que “(n)inguna disposición de esta Carta autorizará a las Naciones Unidas a intervenir en los asuntos que son esencialmente de la jurisdicción interna de los Estados”, y el primer punto del Preámbulo, en el cual es factible leer que la Humanidad constituye el sujeto de las Naciones Unidas: allí los pueblos que la conforman se declaran resueltos “a preservar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra que dos veces durante nuestra vida ha infligido a la Humanidad sufrimientos indecibles”.

Por lo tanto, aquí no se considera que los Estados hayan desaparecido o que exista alguna tendencia hacia ese movimiento, pero sí que la soberanía como tal se ha debilitado, sobre todo, a partir del fin de la GF. El Estado puede conservar su forma y, sin embargo, ver disminuida su función soberana-

na en favor de la homogeneización de su contenido: instauración del modelo socio-económico de libre mercado, de democracia liberal y de primacía del individualismo. Las teorías liberales que ponen el acento en –y que desean– el fin de los Estados tienden a menospreciar el rol que el uso de la fuerza juega en el gobierno liberal mundial como modo constituyente de sociedades liberales. Pero tal como nos recuerda Vivienne Jabri:

“Que el Estado moderno democrático liberal surgió principalmente de los escombros de la guerra y fue construido sobre la gradual pacificación de poblaciones dispares que fueron la base sobre las que las instituciones liberal-democráticas evolucionaron es, quizás, un modelo histórico que de primera mano parece prestarse a la escena contemporánea” (2010: 157).

Multiplicar *cierta* forma de vida, integrar en ésta formas diferentes en un movimiento centrífugo infinito, supone, en primer lugar, la constitución de determinados tipos de subjetividades y, asimismo, la aniquilación de aquéllas no adaptables. De este modo, los Estados liberales también utilizan la violencia como instrumento político, pero con objetos, objetivos y mecanismos distintos a aquéllos predominantes durante el régimen de la razón de Estado. De allí que la guerra haya cambiado en el plano discursivo y en aquél no discursivo.

III. Guerra y liberalismo y algunos apuntes sobre la GGT

Las guerras liberales serán definidas a través de su objeto (la vida de la población), sus objetivos (el mejoramiento de la misma a través de la imposición de la “libertad”⁷), sus mecanismos de intervención (intervención en el marco) y su relación con la espacialidad (borramiento de las fronteras). Asimismo, lo haremos sobre el fondo de las que hemos denominado como gue-

⁷ Esto se realiza a través de un rodeo discursivo que homologa a la libertad con la democracia (liberal). Es interesante notar aquí también cómo esta homologación y este discurso se mantienen en dos administraciones que son presentadas, en la mayoría de los casos, como contrapuestas. En el contexto de la invasión a Irak, el Presidente George W. Bush afirmaba: “El éxito de la democracia iraquí enviará las noticias desde Damasco a Teherán, de que la libertad puede ser el futuro de cada nación” (CASA BLANCA (2004), “Mensaje radial del Presidente”, 01/05/2004. (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra. En aquél de la intervención en Libia del año 2011 que terminó con el gobierno de Muammar Gaddafi, el Presidente Barack Obama sentenciaba: “La libertad está en el aire. Y la democracia está emergiendo en países que por generaciones no conocieron otra cosa que el gobierno autoritario” (CASA BLANCA (2011), “Remarks by Vice President Joe Biden in Chisinau, Moldova”, 11/03/2011. (Online), disponible en www.whitehouse.gov, consultado en mayo 2011. La traducción es nuestra.

rras westfalianas, teniendo en cuenta su objeto (el Estado), sus objetivos (la supervivencia/el aumento del poder del mismo), sus mecanismos (conservación de la forma Estado: respeto por la soberanía) y su relación con la espacialidad (respeto de las fronteras existentes). Por último, nos detendremos en las características del enemigo al que se enfrenta en las guerras liberales (enemigo absoluto/inhumano), comparándolo con aquél de las westfalianas (enemigo político).

Las guerras de la razón de Estado se libraban en nombre de la defensa nacional y del mantenimiento del equilibrio internacional, ambos invocando al Estado como objeto de referencia principal en la política internacional; las guerras liberales se libran en nombre de la defensa de las poblaciones. Afganistán —en un sentido—, Irak y Libia son tres ejemplos del siglo XXI que responden a estas características. Jabri, Dillon y Reid coinciden en afirmar que el rasgo particular de las guerras liberales, aquello que las define, es “matar en el nombre de la humanidad” (Jabri, 2010) y “matar para hacer vivir” (Dillon y Reid, 2009).

El documento “Responsabilidad de Proteger” (RDP) que se está intentando incorporar al corpus jurídico internacional, busca, precisamente, legalizar el hecho de que la humanidad haya devenido objeto de la guerra. Entre sus principios básicos, afirma que la principal responsabilidad de los Estados es proteger a sus ciudadanos y que, por lo tanto, cuando no pueden o no quieren hacerlo, “el principio de no-intervención cede ante la responsabilidad internacional de proteger”⁸. La RDP, asimismo, implica, siempre siguiendo el documento, tres responsabilidades: 1) la responsabilidad de prevenir, atacando las causas del riesgo de las poblaciones; 2) la responsabilidad de reaccionar, respondiendo a las situaciones en cuestión con “medidas apropiadas, que pueden incluir medidas coercitivas (...) y, en casos extremos, la intervención militar”⁹; 3) la responsabilidad de reconstruir, actuando sobre las causas que generaron la desprotección de la población. Este último punto, combinado con la TPD que trataremos en detalle a continuación, abre la puerta a la implantación de regímenes democrático-liberales.

Si el objeto de la guerra cambia, los objetivos de la guerra también se modifican. En el caso de las guerras westfalianas, aquellos estaban dirigidos a la supervivencia del Estado o al mantenimiento de un equilibrio de poder a nivel internacional que no lo hiciera peligrar. En cuanto a las guerras liberales, el objetivo no se limita únicamente a la sobrevivencia de las poblaciones, sino a su mejoramiento. Como vimos en el sucinto repaso del documento de la RDP, la responsabilidad no se restringe a reaccionar, sino también a prevenir y a reconstruir. Ambas responsabilidades exigen una transformación del

⁸ COMISIÓN INTERNACIONAL SOBRE INTERVENCIÓN Y SOBERANÍA ESTATAL (2001), “La responsabilidad de proteger”, Ottawa: International Development Center.

⁹ *Ib.*

medio en el que se desarrolla la vida de las poblaciones. Por tanto, la consecución de los objetivos de las guerras liberales exige mecanismos de intervención que modifiquen dicho marco.

El discurso liberal extendido coloca a las democracias liberales en un lugar privilegiado para lograr la finalidad de mejorar la vida de la población. En primer lugar, porque considera que dicho régimen de gobierno no vulnera los derechos humanos de los individuos. En segundo lugar, porque, según se sostiene, las democracias no hacen la guerra entre sí y, por lo tanto, protegen a sus ciudadanos de los sufrimientos que ésta conlleva. Esta última razón la otorga la TPD que consideramos merece particular atención debido a la incidencia que tiene en las políticas de cambio de régimen cada vez más frecuentes que llevan a cabo las potencias liberales con el beneplácito de los organismos internacionales y que, como vimos, apuntan a la gubernamentalización de los Estados y a la constitución de individuos (auto)governables (“libres”).

La TPD es una actualización, mediada por una particular interpretación, de la teoría de la paz perpetua de Kant ([1795] 2000). El filósofo alemán, uno de los padres fundadores del liberalismo en las RRII y uno de los referentes del Iluminismo, reflexionó en su Tratado acerca de una paz eterna entre los Estados. Kant consideró la posibilidad de relegar la guerra al pasado como indicador universal del progreso contra la reacción, de la civilización contra la barbarie, del orden cívico del Estado moderno contra el caos del estado de naturaleza. Para lograr este pasaje consideraba necesaria la acción de los hombres, el artificio, ya que, sostenía, la guerra forma parte de la naturaleza.

El primer elemento que Kant consideró fundamental para la consecución de una paz perpetua era la República porque bajo esta forma era necesario el consentimiento de los ciudadanos para librar una guerra; y, debido a que los costos de tal aventura recaen sobre ellos mismos, argumentaba el filósofo alemán, estos se encontrarían poco dispuestos a llevarla a cabo. El segundo elemento necesario era la conformación de una sociedad de naciones entre los Estados que debían permanecer independientes, constituyendo arreglos de seguridad colectiva. El tercer y último elemento consistía en el principio de una hospitalidad universal que otorgase a todos los individuos un derecho de ciudadanía mundial. Finalmente, el autor señalaba que la garantía de la paz perpetua era el comercio mundial que, al contrario de la guerra, acercaba y unía a los hombres. Sobre este último punto se sostienen aquellos autores liberales que hacen hincapié en la libertad de los mercados como modo de eliminación de las guerras.

La actualización de la teoría de la paz perpetua bajo la forma de la TPD que tuvo lugar durante la década del 70 del siglo pasado, en el marco del despliegue del neoliberalismo, ensambla democracia y libre mercado, tal como lo planteara Kant. Esta aserción, sostenida sobre la teoría liberal de las RRII que coloca en el centro de sus reflexiones la naturaleza de los regíme-

nes domésticos y que volvió a cobrar fuerza a partir del fin de la GF, se encuentra sostenida sobre la observación de que los Estados liberales democráticos no se hacen la guerra: “Es un argumento simple: cuanto más se extirpe la diferencia, más se extirparán las fuentes de la enemistad” (Dillon y Reid, 2009: 48).

Lo que está en juego en la TPD es el significado de democracia que se maneja; pues desde dicha teoría se la plantea como una noción de un único significado. Pero, dado que es un concepto político por excelencia, el término democracia forma parte de una lucha por su significado. Y el que se le da desde los países exportadores de la misma es aquél de democracia liberal: gobierno representativo más libre mercado. En palabras de la actual Secretaria de Estado, Hillary Clinton, en el marco de los levantamientos en los países árabes: “No es sólo la reforma política lo que es importante aquí –y quiero enfatizar fuertemente este punto–, lo es también el cambio y la reforma económica, y estamos muy, muy enfocados en ello. Es clave para el éxito de estas transiciones a gobiernos representativos y receptivos”¹⁰.

Esta concepción de la democracia quedó en evidencia con la GGT. Por un lado, la intervención a Irak del año 2003 supuso la instauración de una forma de gobierno democrática combinada con la apertura total de la economía iraquí. Para llevar a cabo este movimiento, la Autoridad Provisional de la Coalición (APC¹¹), encabezada por Paul Bremer, impuso una serie de órdenes de índole económica. La más polémica de entre ellas fue la número 39, puesta en vigencia en septiembre de 2003, a través de la cual fue autorizada la privatización de 200 empresas estatales¹² que podían ser retenidas en su totalidad por firmas extranjeras que serían beneficiarias de un tratamiento nacional y, a su vez, podrían remitir a sus casas matrices hasta el 100% de las ganancias. Al mismo tiempo, estas órdenes de la era Bremer eliminaron la

¹⁰ CASA BLANCA (2011), “Briefing by National Security Advisor Tom Donilon and Deputy National Security Advisor Ben Rhodes on Libya and the Middle East”, 10/03/2011. (Online), disponible en www.whitehouse.gov, consultado en mayo 2011. La traducción es nuestra. El apoyo de la administración Obama al despliegue del neoliberalismo a nivel mundial también es evidente en esta alocución en el Egipto post Mubarak: “el crecimiento de Egipto a largo plazo no depende del empleo del gobierno sino del empleo en el sector privado. Entonces, cuanto más inversión extranjera directa podamos ayudar a alentar y apoyar, creemos que será beneficioso para el pueblo egipcio” (Clinton, Hillary R., “Remarks with Egyptian Foreign Minister, Nabil Al-Araby”, 15/03/2011. (Online), disponible en: www.state.gov/secretary/rm/2011/03/158404.htm, consultado en abril 2012). Si hacemos hincapié en los enunciados de la administración Obama es para remarcar la continuidad en las políticas, lo que prueba que no es una cuestión ideológica la que está en juego, sino una determinada racionalidad de gobierno, aplicada a nivel mundial.

¹¹ La APC supuso la instauración de un régimen colonial, pues estableció un gobierno extranjero directo sobre Irak, siendo legitimada por la ONU a través de la resolución 1483 del CSNU.

¹² Esta orden no contaba para las empresas petroleras. Según David Harvey esto se debió a que la explotación del petróleo iraquí estaba siendo fuertemente controlada por la “comunidad internacional” (2003).

casi totalidad de las barreras arancelarias. Para aumentar el atractivo de Irak como territorio de inversiones para los capitales extranjeros, las huelgas fueron prohibidas y los derechos a la sindicalización fuertemente restringidos. La política de libre comercio que se impuso de esta manera resultó en un colapso de todos los controles de frontera y, por tanto, en una caótica expansión de las importaciones. Finalmente, la APC reconoció la deuda contraída por Saddam Hussein como legítima.

Desde el momento en que la democracia liberal perdió sus rasgos particulares y fue discursivamente homologada con la libertad (como concepto abstracto), siendo convertida en un universal naturalizado, fue el trampolín desde el cual lanzar las “intervenciones humanitarias”. Esto fue posible a partir de que las intervenciones “naturales” de las poblaciones implicadas.

Por otro lado, el proyecto del “Gran Medio Oriente”¹³ delineado durante la administración Bush suponía el establecimiento de sociedades democráticas a lo largo y a lo ancho de dicha región. Desde una visión de alto contenido neoliberal, las sociedades democráticas a implantarse no estarían basadas en los respectivos Estados, sino en la “creatividad” de los individuos, alentada por su actuación en un marco de economía de libre mercado fuertemente desregulada y la práctica de la religión de forma individual. Por último, el proyecto de establecimiento de una zona de libre comercio entre Estados Unidos y Medio Oriente en el marco de la intervención en Irak “eliminaría el rencor” de la región y aumentaría la seguridad. En palabras de Bush: “A largo plazo, la expansión de la libertad a través del mundo es la mejor garantía para la seguridad del mundo. La libertad es el camino hacia la paz”¹⁴.

De esta manera, se impone una nueva norma *a priori*, un nuevo estándar de civilización que instaure nuevas fronteras, ya no territoriales, sino entre liberalismo y no-liberalismo. Se establece, así, una jerarquía entre los Estados de acuerdo a cuánto se acer-

¹³ La expresión “Gran Medio Oriente” (“*Greater Middle East*”) fue utilizada en el marco de la “Iniciativa para el Gran Medio Oriente” lanzada por la administración norteamericana en el marco de la Cumbre del G-8 que se realizó en Sea Island, Georgia, en el año 2004, y abarcaba a los países comprendidos entre Marruecos y Pakistán, incluyendo a las ex repúblicas soviéticas de Asia Central.

¹⁴ CASA BLANCA (2003). “President Bush Presses for Peace in the Middle East” (09/05/2003) (Online), consultado en febrero de 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra. Dada la homologación de la que se habló más arriba entre democracia y libertad, y siguiendo con el objetivo de sacar del aislamiento a las acciones de la administración Bush, es interesante traer a colación la siguiente cita del entonces Presidente, William Clinton, en su informe sobre “El Estado de la Unión” de 1994. Entonces, afirmaba: “En última instancia, la mejor manera de asegurar nuestra seguridad y construir una paz duradera es apoyar el avance de la democracia en todas partes. Las democracias no se atacan entre sí” (citado en Tello, 2010: 297)

quen o alejen de esa norma, abriendo la posibilidad al concepto de guerra discriminatoria del que hablara Schmitt. Las intervenciones democratizantes en defensa de los DDHH suponen, en efecto, la instauración de una desigualdad entre los Estados: mientras las soberanías de los Estados liberales es respetada y resguardada, la de los no liberales quedan al libre arbitrio de los primeros, dando lugar al concepto de “soberanía contingente” (Elden, 2009). La razón de esto último radica en que los Estados no-liberales son concebidos *a priori* como peligrosos para la “comunidad internacional”.

Desde el momento en que la democracia liberal perdió sus rasgos particulares y fue discursivamente homologada con la libertad (como concepto abstracto), siendo convertida en un universal naturalizado, fue el trampolín desde el cual lanzar las “intervenciones humanitarias”. Esto fue posible a partir de que las intervenciones se llevaron a cabo en nombre de los deseos “naturales” de las poblaciones implicadas. En palabras del ex Presidente de Estados Unidos, George W. Bush:

“Es presuntuoso e insultante sugerir que una entera región del mundo –o un quinto de la humanidad, que es musulmán– de alguna manera no está tocado por las *aspiraciones más básicas de la vida*. Las *culturas* humanas pueden ser muy diferentes. Sin embargo, el *corazón* humano [nótese que la alusión a “culturas” humanas y al “corazón” humano reactualiza la vieja distinción entre cultura y naturaleza] desea las mismas buenas cosas, en todos lados en la Tierra (...) Por estas razones fundamentales, *la libertad y la democracia* tendrán siempre y en todos lados más atracción que los slogans del odio y las tácticas del terror.”¹⁵

En este sentido, sin aparecer en la Declaración Universal de 1948, el final de la GF y la naturalización de la democracia liberal con los llamamientos al “fin de la historia” y demás, acercarían este modelo social particular a los Derechos Humanos. Así, en la Conferencia Mundial sobre los Derechos Humanos, realizada en Viena en el año 1993, el significante “democracia”, que en el discurso hegemónico tiende a no ser adjetivada, podía emerger: “La democracia está basada en la voluntad libremente expresada del pueblo para determinar sus propios sistemas políticos, económicos, sociales y culturales y su participación absoluta en todos los aspectos de sus vidas”.

La idea de la posibilidad de conversión del Otro forma parte de los mecanismos liberales. A diferencia del poder soberano que se ejerce de modo binario y de las técnicas disciplinarias basadas en la exclusión, el liberalismo es una estrategia de poder integradora, pues se sostiene sobre la naturaleza

¹⁵ CASA BLANCA (2003). El Presidente discute el futuro de Irak, (26/02/2003). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra, las cursivas también.

de los procesos (Foucault, 2004; Foucault, 2007). Así, la norma no es establecida *a priori*, sino, a *posteriori*, de modo tal que todos los casos son, *en principio*, incorporables. *En principio*, pues el liberalismo supone también prácticas de exclusión. Como veremos a continuación, la estrategia de la GGT llevada a cabo por la administración Bush fue una estrategia integracionista que, al mismo tiempo, supuso el exterminio de los sujetos no integrables. En efecto, la idea de integración es correlativa al establecimiento de nuevas formas de división, de nuevas fronteras.

La TPD supone una demarcación distinta de la espacialidad, colocando a la guerra fuera de los límites del espacio democrático. De lo que se trata, a fin de lograr la paz perpetua, es de extender dicho espacio, objetivo que se propuso la administración Bush. Bialasiewicz et al. dan cuenta de esta estrategia a la que denominan estrategia integracionista. Según estos autores, pertenecientes a la corriente de la geografía crítica, esta estrategia está sostenida sobre el Proyecto del Nuevo Siglo Americano (PNSA), el think-tank neoconservador aparecido durante la administración Clinton. El PNSA argumentaba que la principal misión militar de Estados Unidos es “asegurar y expandir las zonas de paz democrática; impedir la emergencia de una nueva potencia competidora; defender las regiones clave; *explotar el carácter transformador de la guerra*”¹⁶. En palabras del entonces Director de Política del Departamento de Estado, Richard Haas,

“¿Hay alguna idea sucesora de la de contención? Creo que sí. Es la idea de integración. El objetivo de la política exterior de Estados Unidos debería ser persuadir a las otras potencias a afiliarse a ciertas ideas clave con respecto a cómo debería operar el mundo: oposición al terrorismo y a las armas de destrucción masiva, apoyo al libre comercio, a la democracia y a los mercados. La integración se trata de encerrarlos en estas políticas y luego construir instituciones que los encierren aún más.” (citado en Biasalewicz et al.: 414).

Esta estrategia queda en evidencia a través de dos características particulares. Por un lado, la transformación de los regimenes no liberales en liberales. Por otro lado, la regeneración de la infraestructura del Estado blanco. En efecto, tal como afirman Dillon y Reid, frente a la destrucción de la misma con el objetivo de su debilitamiento, en el marco de las guerras westfalianas (caso de la Guerra del Golfo de 1990/1991), “las estrategias para destruir los regímenes iliberales suelen ahora estar basadas en su regeneración posi-

¹⁶ THE PROJECT FOR THE NEW AMERICAN CENTURY (2000). Rebuilding America's defenses. Strategy, forces and resources for a new century. (Online), consultado en agosto 2012, disponible en <http://www.newamericancentury.org/RebuildingAmericasDefenses.pdf>. La traducción es nuestra, las cursivas también.

va, con el objetivo último de reinsertarlos en las redes de intercambio y flujos que constituye el gobierno liberal global” (2009: 135). El caso de la última invasión a Irak es elocuente al respecto: los ocupantes se encargaron de asegurar, en primer lugar, los pozos de petróleo y los oleoductos que conducen el principal producto del país.

Otra dimensión importante de las guerras liberales, que también estuvo presente en la estrategia integracionista de la administración Bush, es el cambio en la espacialidad. En efecto, el uso de la fuerza en las intervenciones liberales supone el borramiento de la distinción entre adentro y afuera, distinción que, en palabras de R.B.J. Walker, constituye uno de los supuestos fundamentales que ha permitido a las RRII constituirse en tanto discurso (1993). En efecto, según las teorías dominantes de la disciplina, enmarcadas en la configuración de las relaciones de poder westfalianas, existe una clara diferencia entre un adentro homogéneo, en el cual “las aspiraciones universalistas hacia lo bueno, lo verdadero y lo bello pueden ser realizables” (Walker, 1993: 62) y un afuera en el que reina el estado de naturaleza hobbesiano (que, en la teoría liberal, se trata de civilizar). A partir de esta diferenciación espacial, también se distinguen el Yo y el Otro. Como veremos, el hecho de que las fronteras territoriales se hayan difuminado cuando la población devino objeto de gobierno mundial, no implica una anulación de las mismas, sino, más bien, su desplazamiento. Identidad y otredad continúan estando en el centro del ejercicio de la violencia a nivel global, pero éstas ya no están definidas por la territorialidad que las acoge, sino por los modos de subjetivación de los que son portadoras.

El desdibujamiento de las fronteras, la aplicación del concepto de soberanía contingente, queda fundamentalmente en evidencia en la pérdida relativa de poder del principio de soberanía con respecto a aquél de no intervención, mediada por la “responsabilidad de proteger” desarrollada más arriba, pero también en la TPD. Asimismo, este borramiento quedó en claro durante la GGT. Esta última guerra, global en su alcance, se distinguió de la Primera y de la Segunda Guerra Mundial en que, si bien periféricamente en ambas estuvieron envueltas milicias no estatales, estas últimas dos fueron enfrentamientos interestatales. La GGT, en cambio, se constituyó como una confrontación entre Estados y los denominados actores no-estatales que, no obstante, se territorializó. Esta guerra supuso la modificación de la estrategia de seguridad no sólo en el ámbito internacional, sino también al interior de Estados Unidos. Al respecto, las líneas finales de la “Estrategia para la defen-

El desdibujamiento de las fronteras, la aplicación del concepto de soberanía contingente, queda fundamentalmente en evidencia en la pérdida relativa de poder del principio de soberanía con respecto a aquél de no intervención, mediada por la “responsabilidad de proteger” desarrollada más arriba, pero también en la TPD.

sa de la patria y el apoyo civil” del Departamento de Defensa sostenía que éste “ya no puede pensar en términos de juego de ‘adentro’ y juego de ‘afuera’. Sólo hay un juego”¹⁷. También la Estrategia de Seguridad Nacional del año 2002 sentenciaba: “hoy, la distinción entre los asuntos domésticos e internacionales está disminuyendo”¹⁸.

De esta manera, la referencia a la humanidad genera una reconstitución de lo internacional más allá del sistema interestatal de Estados soberanos. De allí el carácter global que, efectivamente, tomó la GGT. Y esto en varios sentidos. Por un lado, con respecto a su alcance. En efecto, si bien la GGT se territorializó en algunos Estados (Afganistán e Irak, constituyeron, según el discurso de la administración Bush, “campos de batalla” de la GGT), los cables de inteligencia cruzaron el globo. Asimismo, se establecieron espacios globales de torturas: los prisioneros de la GGT fueron trasladados, a través del mecanismo de las “entregas”, a otros Estados, pero también a espacios de excepción como Bagram, Abu Ghraib, Guantánamo. El enemigo al que se enfrentó también se constituyó como un enemigo global, golpeando y siendo golpeado a lo ancho y a lo largo del globo.

También la participación de ejércitos privados, con combatientes de distintos países, le restó carácter nacional y territorial a la guerra.

Sin embargo, lo dicho hasta aquí no debe suponer la extinción de todas las fronteras, concebidas como líneas de separación. Nuevas líneas son trazadas entre el Yo que busca integrar a los otros y aquéllos que se resisten a su incorporación. Estos últimos son vistos como enemigos. Pero ya no se trata de los enemigos de las guerras westfalianas, a quienes era necesario debilitar pero en absoluto hacer desaparecer, ya que eran considerados partes constituyentes de la identidad política. Ya que las guerras liberales son

libradas en nombre de las poblaciones, consideradas como formando parte de la humanidad, los enemigos son contruidos como enemigos inhumanos.

Si bien la crítica de Schmitt al liberalismo es una crítica que lo construye como una ideología y, por lo tanto, el esfuerzo militante del jurista alemán radica en quitarle la máscara a ésta, consideramos que sus observaciones acerca del universalismo y de las consecuencias de la emergencia de la figura de la humanidad en la política liberal, resultan fundamentales para la crítica del actual momento histórico. Schmitt llamó la atención sobre el carácter

¹⁷ DEPARTAMENTO DE DEFENSA (2005). *Strategy for homeland defense and civil support*, p.40. La traducción es nuestra.

¹⁸ CASA BLANCA (2002). *La Estrategia para la Seguridad Nacional de los Estados Unidos de América*, p.31. La traducción es nuestra.

de doble filo del concepto de humanidad al sostener que la invocación de ésta con el objetivo de justificar acciones sostenidas en intereses particulares, corre el riesgo de transformar enemigos políticos en enemigos absolutos, es decir, en enemigos de la humanidad; despojando a estos últimos de su condición humana y, por tanto, dando lugar a políticas de exterminio (Meier, 2008; Rasch, 2003; Schmitt, 2006).

En el *Nomos de la tierra...*, Schmitt afirma que fue el mismo Kant quien introdujo el concepto de enemigo injusto, siendo acuñado en su *Rechtslehre* de 1797. Allí, el filósofo alemán “define como ‘enemigo injusto’ a aquel ‘cuya voluntad manifestada públicamente (de forma verbal o agresiva) es evidencia de una máxima según la cual, si se convirtiera en regla general, no sería posible un estado de paz entre los pueblos, sino que habría de eternizarse el estado de naturaleza’” (2005: 167). El grado de enemistad de un tal enemigo —continúa Schmitt— supera incluso su condición de criminal contra la cual se implementaría una acción punitiva. En tanto se lo presenta como el “eternizador del estado de naturaleza”, es decir, aquél que obstaculiza el despliegue de la civilización, sólo puede ser destruido, aún más, dado el peligro que representa, valen contra él todos los métodos. Vemos resurgir esta figura en aquélla del “combatiente ilegal” que se enfrentó durante los años de la GGT.

En el sentido de la construcción del enemigo y en términos de Clausewitz, las guerras liberales son guerras absolutas. El carácter absoluto de las guerras liberales radica en que se constituyen como “guerras ontológicas” que se llevan a cabo más contra una forma de vida diferente que contra un enemigo estratégico (Bishai y Behnke, 2007). Esto queda evidenciado en la búsqueda de la desaparición física de aquel que se trata de abatir. Los asesinatos de Saddam Hussein, Osama Bin Laden y Muammar Gaddafi, así lo demuestran.

Palabras finales

La GGT se constituyó como una guerra liberal. Su objeto radicó en la defensa de la vida de la Humanidad, pero no se limitó a garantizar su supervivencia, sino que se propuso su mejoramiento. Bajo el supuesto de la TPD, buscó llevar a cabo dicho objetivo a través de la imposición de la democracia liberal, sobre todo en Irak, que fue foco de atención debido a su carácter mayormente polémico, pero también en Afganistán. La instauración de la democracia liberal¹⁹ en países no liberales no da cuenta de que la humanidad está “condenada al éxito”, sino de una racionalidad de gobierno que busca constituir individuos (auto)governables. Tal como afirma Dean: “Una de las conse-

¹⁹ Más allá del mayor o menor éxito del desarrollo de éstas y más allá de que la democracia de la principal potencia liberal del mundo sea cuestionable.

cuencias de la perspectiva de gobierno de Michel Foucault ha sido socavar la oposición, presente en buena parte de la ciencia política y social, entre el poder y la dominación, por un lado, y la libertad individual y la subjetividad, por el otro” (2002: 37). Y, tal como sostiene Barry Hindess (2001), el “gobierno de los no-libres” supone prácticas autoritarias.

De allí que la producción y expansión de la subjetividad liberal moderna sea uno de los efectos más importantes de las guerras liberales y lo haya sido también de la GGT (en este sentido, los levantamientos árabes en pro de la democracia, como aquél de Egipto, también deben ser pensados como una consecuencia de ésta). En palabras de Louiza Odysseos,

“La Guerra contra el Terror puede ser vista, de este modo, como la última forma (violenta) de proyecto más largo de subjetivación de pueblos que han sido sólo parcialmente subjetivados a través del colonialismo, a través de la expansión del capitalismo global, a través de operaciones internacionales biopolíticas del sistema de las Naciones Unidas en la última mitad del siglo XX y a través de otros tipos de guerras ‘humanitarias’ desde el final de la Guerra Fría” (2007: 137-138).



Bibliografía

- BARKAWI, Tarak (2004), "Connection and constitution: Locating war and culture in globalization studies", en *Globalizations*, vol.1, n°2, pp.155-170.
- (2011), "From war to security: Security studies, the wider agenda and the fate of the study of war", en *Millenium: Journal of International Studies*, pp.1-16.
- BELLAMY, Alex J. (2008), "The responsibility to protect", en Williams, P. (ed.), *Security studies. An introduction*, New York: Routledge, pp.422-438.
- BIALASIEWICZ, Luiza; Campbell, David; Elden, Stuart; Graham, Stephen; Jeffrey, Alex y Williams, Alison J. (2007), "Performing security: The imaginative geographies of current US strategy", en *Political Geography*, n°26, pp.405-422.
- BISHAI, Linda S. y BEHNKE, Andreas (2007), "War, violence and the displacement of the political", en Odysseos, L. y Petito, F. (eds.), *The international political thought of Carl Schmitt. Terror, liberal war and the crisis of global order*, London: Routledge, pp.107-124.
- BROWN, Chris (2007), "From humanized war to humanitarian intervention: Carl Schmitt's critique of the just war tradition", en Odysseos, L. y Petito, F. (eds.), *The international political thought of Carl Schmitt. Terror, liberal war and the crisis of global order*, London: Routledge, pp.56-71.
- BUZAN, Barry y Hansen, Lene (2009), *The evolution of international security studies*, New York: Cambridge University Press.
- DEAN, Mitchell (2002), "Liberal government and authoritarianism", en *Economy and Society*, vol.31, n°1, pp.37-61.
- DILLON, Michael y REID, Julian (2009), *The liberal way of war. Killing to make life live*, New York: Routledge.
- ELDEN, Stuart (2009), *Terror and territory. The spatial extent of sovereignty*, Minneapolis: University of Minnesota Press.
- FOUCAULT, Michel (1985), *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- (1988), "El sujeto y el poder", en Dreyfus, H.; Rabinow, P.: *Michel Foucault: Más allá del estructuralismo y la hermenéutica*, México D.F.: UNAM.
- (2000), *Defender la sociedad*, Buenos Aires: FCE.
- (2003), *Historia de la sexualidad. La voluntad de saber*, T.1, Buenos Aires: Siglo XXI.
- (2004), *Securité, territoire, population*, Paris: Seuil/Gallimard.
- (2007), *Nacimiento de la biopolítica*, Buenos Aires: FCE.

- FUKUYAMA, Francis (1989), “¿El fin de la historia?”, traducción y publicación de *Centro de Estudios Públicos*, Chile, pp. 5-31.
- HARVEY, David (2003), *The new imperialism*, New York: Oxford University Press.
- HINDESS, Barry (2001), “Liberal government of unfreedom”, en *Alternatives: Global, local, political*, vol. 26, n°2, pp.93-111.
- IKENBERRY, John G. (2011), *Liberal Leviathan. The origins, crisis, and transformation of the American world order*, New Jersey: Princeton University Press.
- JABRI, Vivienne (2010), *War and the transformation of global politics*, New York: Palgrave Macmillan.
- KANT, Immanuel ([1795] 2000), *La paz perpetua*, Buenos Aires: Bureau Editor.
- KRAUTHAMMER, Charles (2004), “In defense of democratic realism”, en *The National Interest*, n°77, pp. 15-25.
- MEIER, Heinrich (2008), *Carl Schmitt, Léo Strauss y El concepto de lo político. Sobre un diálogo entre ausentes*, Buenos Aires: Katz.
- ODYSSEOS, Louiza (2007), “Crossing the line? Carl Schmitt on the ‘spaceless universalism’ of cosmopolitanism and the War on Terror”, en Odysseos, L. y Petito, F., *The international political thought of Carl Schmitt. Terror, liberal war and the crisis of global order*, London: Routledge, 124-143.
- RASCH, William (2003), “Human Rights as Geopolitics: Carl Schmitt and the legal form of American supremacy”, en *Cultural Critique*, No.54, spring 2003, pp.120-147.
- REID, Julian (2006), *The biopolitics of the war on terror. Life struggles, liberal modernity, and the defence of logistical societies*, New York: Manchester University Press.
- SCHMITT, Carl (1966), *Teoría del partisano*, Madrid: Centro de Estudios Políticos Constitucionales.
- (2005), *El nomos de la tierra en el derecho de gentes del ‘ius publicum europaeum’*, Buenos Aires: Struhart & Cía.
- (2006), *El concepto de lo político*, Buenos Aires: Struhart y Cía.
- TELLO, Ángel (2010), *La teoría de las relaciones internacionales desde un punto de vista político-polemológico. Sistema mundo y uso de la fuerza: nuevos escenarios y actores. El rol del instrumento militar y los caminos hacia la paz*, Tesis doctoral.
- WALKER, R.B.J. (1993), *Inside/outside: International Relations as Political Theory*, Newcastle: Cambridge University Press.
- WILLIAMS, Paul D. (2008), “War”, en Williams, P. (ed.), *Security studies. An introduction*, New York: Routledge, pp.151-170.